

1° CRISTO VERDAD: libros dogmáticos (Fe). — Conviene, además, tener un conocimiento acabado de las verdades más importantes de nuestra fe, intentando penetrar los misterios revelados para ilustrar nuestras inteligencias con nuevas verdades. Para ello debemos servirnos de libros que expongan acertadamente la enseñanza de la Iglesia, valiéndose de los Santos Padres, del Magisterio de los Papas, de la enseñanza de autores fiables.

2° CRISTO CAMINO: vidas de los santos (Esperanza). — La vida de los Santos es la lectura más estimulante de todas, porque los ejemplos vivos de sus virtudes heroicas excitan la admiración y estimulan al esfuerzo hacia la santidad. «*Las palabras conmueven, pero los ejemplos arrastran*», reza el dicho. En estas vidas podemos observar cómo los santos han vivido las verdades de la fe, las han tomado como norma directiva de toda su vida, y nos sentimos alentados a hacer lo mismo.

3° CRISTO VIDA: maestros de la vida espiritual (Caridad). — Finalmente, hace falta tener a mano algunos libros que nos expliquen los preceptos de la vida cristiana y los consejos evangélicos, nos precisen las exigencias de las virtudes y los medios para practicarlas, todo ello por maestros consumados de la vida espiritual. Los escritos de los Santos, en los que exponen el organismo de la vida espiritual y las leyes que lo rigen, la devoción a Nuestro Señor y a su Pasión, la devoción a la Virgen, al Corazón inmaculado de María, los medios de iniciarse en la vida interior, las vías de la oración, etc., son los más provechosos para encender la caridad.

Conclusión.

Necesario es que todo cristiano formule el propósito, si aún no lo ha hecho, de dedicarle un tiempo a la lectura espiritual, a la formación personal en las cosas de la fe mediante la lectura. No podemos contentarnos con ser siempre católicos infantiles: es preciso que la formación religiosa vaya creciendo a la par que todo lo demás. No podemos descuidar lo eterno, dedicándonos con afán sólo a las cosas de esta vida.

Dos consejos para esta lectura espiritual:

1° Que sea constante. Aunque sea poco el tiempo que le podamos dedicar, mucho será lo que podremos aprender, si leemos con perseverancia.

2° Que vaya acompañada por la oración. Pues la lectura puede asemejarse, como hemos dicho, al alimento. Pero para que ese alimento aproveche, ha de ser digerido y asimilado. La oración es justamente la que permite rumiar el conocimiento adquirido por la lectura, y transformarlo en luz para la inteligencia, aspiración para nuestras vidas, y amor de Dios para la voluntad.

Necesidad de la lectura espiritual para alimentar las virtudes teologales

*Omnipotente y sempiterno Dios,
concédenos un aumento de fe, de esperanza y de caridad,
y para que merezcamos conseguir los bienes que nos prometes,
háznos amar lo que nos mandas.*

En esta hermosa oración, que es la del domingo 13 después de Pentecostés, la Iglesia nos hace pedirle a Dios un **aumento** de las tres virtudes teologales de fe, esperanza y caridad.

Inestimable es el beneficio que Dios ha hecho al otorgarnos estas tres virtudes sobrenaturales, sin las cuales no podríamos salvarnos, y que cambian completamente el horizonte del hombre, permitiéndole conocer, esperar y amar lo único que debe importarnos en esta vida, la posesión eterna del mismísimo Dios.

Pero esas virtudes, al igual que la gracia, a la que acompañan siempre, no han sido concedidas al estado de germen: es decir, que Dios, al mismo tiempo que nos otorga el beneficio de poseerlas, nos deja a nosotros en la obligación de cultivarlas y hacerlas crecer, de manera que lo que es don suyo se vea acrecentado por nuestra correspondencia a sus gracias.

*Nos enseña la teología que las virtudes infusas, como lo son las tres virtudes teologales, sólo pueden crecer por una infusión divina, esto es, sólo Dios puede hacerlas crecer en nosotros infundiendo nuevo vigor, nueva intensidad, y haciendo con ello que cada una de esas virtudes se arraigue más en nosotros. Pero también nos enseña que esa infusión la comunica El mediante gracias actuales, a las que nosotros podemos prestarnos dócilmente o también resistir; y que contamos con ciertos canales habituales de esas gracias actuales, que son precisamente **nuestras prácticas de piedad**, con las cuales nos hacemos especialmente receptivos de las gracias de Dios en orden a incrementar en nosotros la vida sobrenatural, tanto gracia como virtudes.*

Pues bien, entre esas prácticas espirituales ocupa un lugar importantísimo, en orden a acrecentar las virtudes teologales, la **lectura espiritual**, esto es, la lectura de libros referentes a las realidades que Dios nos ha revelado, con el fin de alimentar la inteligencia con conocimientos del mundo sobrenatural, inflamar en nuestras almas el ideal de la santidad, y encender en la voluntad el amor sobrenatural de Dios y de los bienes que nos depara.

1º Necesidad de la lectura espiritual.

¿Sobre qué leemos habitualmente?

1º En nuestros comienzos, cuando estamos **en período de formación, nos vemos obligados a la lectura**: escuela, universidad, todo eso nos exige lectura, y mucha. Cuando la carrera que estudiamos nos gusta, la lectura acaba atrapándonos: abogacía, medicina, historia, literatura, todo eso nos absorbe, y nos lleva a hacer múltiples lecturas, primeramente con la finalidad de conseguir primeros conocimientos y tener una mirada de conjunto de todo lo que abarca la disciplina, y luego para profundizar cada vez más lo que ya sabemos de modo general. Una vez conseguido el título, y ejerciendo la profesión, la lectura sigue siendo para nosotros un deber imperioso, a fin de mantener los conocimientos ya adquiridos, o para ponerse al día con nuevos conocimientos relativos al ámbito de la carrera.

Pues bien, el gran negocio de nuestra alma es la salvación eterna de nuestra alma por la unión con Dios. Todos los demás negocios son para algunos años, mientras que de este negocio depende nuestra eternidad. Ahora bien, ¿de qué se trata este negocio? Lee. ¿Quién es el Dios a quien debo conocer, amar, servir? Lee. ¿Por qué motivo me ha creado, y de qué manera podré conseguir esa meta? Lee. ¿Qué misterios me manda El creer, qué cosas me manda El amar, qué vida me manda El llevar? Lee. ¿Qué vida sobrenatural ha depositado El en mi alma, y cómo debo hacer para desarrollarla? Lee. ¿Qué ejemplos tengo que poder imitar, a fin de estimularme a la oración, a la virtud, a la renuncia, al sacrificio, al amor de Dios? Lee.

2º Leemos también, más allá de los estudios y de la carrera, sobre las cosas que nos gustan e interesan. **El amor siente la curiosidad de conocer lo que ama**. Para satisfacer esa curiosidad, no se cansa de preguntar, y busca todos los medios de investigación que encuentra a su alcance.

Pues bien, nada debe interesarnos más en esta vida que el mundo sobrenatural en el que debemos vivir eternamente. Nuestro amor a Dios ha de recoger con avidez todo lo que El ha querido revelarnos de Sí mismo; ha de estudiar la verdad revelada para escrutarla, recoger todas las analogías que la traducen, las conveniencias que la explican, los comentarios autorizados que la esclarecen, a fin de hallar un alimento que nutra a la vez la fe y el amor.

Este interés debemos despertarlo por la lectura especialmente en nuestra época, uno de cuyos males más deplorables, según advertencia de los Papas, es la ignorancia religiosa. Esta ignorancia deja en las tinieblas, no sólo a cientos de millones de paganos para quienes no ha brillado la luz del Evangelio, sino también a millones de cristianos. La mayoría de los cristianos cultivados ignoran casi todo lo concerniente a la verdad revelada; y aun los que han seguido siendo fieles a las prácticas religiosas, no han guardado de ordinario, de la instrucción recibida en otro tiempo, más que algunas nociones morales prácticas, pero pocas o ninguna verdad dogmática que alimente su vida espiritual. Convertidos en hombres de leyes, industriales, médicos, comerciantes, profesores o artistas, piensan y obran realmente como tales, mostrándose cristianos tan sólo para cumplir algún deber exterior de la religión; pero desde su adolescencia no han tenido casi ningún contacto real con la verdad dogmática

revelada; nunca han pensado en hacerlo, y no han colocado a Cristo en el centro de su alma y de su vida personal. Y así, su instrucción religiosa y su vida cristiana están muy por debajo de su cultura general y de su formación profesional; de lo cual resulta una invasión de lo natural en detrimento de lo sobrenatural. Su cristianismo sin luz y, por consiguiente, sin fuerza, no puede tener una influencia real en el pensamiento y en la actividad humanas.

Resumiendo, es ley de nuestra vida que **no podemos amar sino lo que conocemos**. La voluntad es facultad ciega, que sólo ama lo que la inteligencia le presenta. Imposible amar a Dios, imposible aspirar a los bienes que Dios nos promete, si no conocemos todo eso previamente. La fe, la esperanza y la caridad reclaman, para crecer, el alimento de la verdad revelada.

El ejemplo de los santos nos proporciona abundantes ejemplos de la importancia de la lectura espiritual. San Agustín se decide a dar el paso definitivo hacia su conversión después de haber escuchado la voz de niños que cantaban: «Tolle, lege: Toma y lee», con lo cual, tomando las epístolas de San Pablo, y abriéndolas al azar, se topó con el pasaje que debía hacerle dar el paso ante el que vacilaba por la fuerza de sus pasiones. San Ignacio de Loyola debe su conversión, inicio de su santa vida, a la lectura de libros edificantes, él que nunca había sentido afición por la lectura, siendo como era un hombre de armas. Santa Teresa de Jesús inició su carrera hacia la vida interior gracias a la afición que tenía a los libros espirituales, y confesaba que a ellos les debía el haber sido constante en la práctica de la oración.

2º Selección de las lecturas espirituales.

Por lo que a la selección de las lecturas se refiere, debe inspirarse en esta verdad fundamental: que toda ciencia espiritual está contenida en Cristo, en quien nos ha sido revelada. Los libros espirituales no pueden ni deben explicarnos más que a Jesucristo. Una lectura espiritual sólo nos es provechosa en la medida en que nos comunica la ciencia de Cristo.

La decisión de encontrar a Jesucristo nos conduce, en primer lugar, a la Sagrada Escritura, y le da la preferencia entre los libros que hay que leer y meditar. Su incomparable mérito es el tener a Dios como autor principal. El Espíritu Santo se ha servido de la actividad humana y libre de un autor inspirado para decirnos lo que él quiere y como quiere. La veracidad de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, garantiza a la vez la verdad propuesta y su expresión. La palabra inspirada nos ofrece, pues, la misma verdad divina en su más pura y perfecta traducción al lenguaje humano.

Todos los fieles deben alimentarse, en particular, de las vidas de nuestro Señor, que tan admirablemente ilustran el Evangelio; porque estas lecturas familiarizan con Jesús, crean en el alma una atmósfera favorable a la vida de oración, y son una preparación particularmente eficaz para ella.

Y ¿por qué no tomar como lecturas espirituales las de aquellos maestros que utilizan abundantemente la Sagrada Escritura, principalmente los comentarios que de ella hicieron los Padres de la Iglesia? Aprenderemos así a conocer las riquezas que la Biblia encierra, y a aprovecharnos de ellas.